



JACOBO RIVERO

ALTÍSIMO  
UN VIAJE CON FERNANDO ROMAY







## Introducción

NO sé exactamente cuándo fue la primera vez que vi a Fernando Romay. Probablemente en algún partido de baloncesto de principios de los años ochenta por televisión. O quizá en un partido entre el Estudiantes y el Real Madrid en el polideportivo Antonio Magariños. Por aquel entonces yo era un chaval a quien el baloncesto ocupaba la mayoría del tiempo, bien por los entrenamientos que teníamos en la cantera del Estudiantes, bien porque en el patio del Ramiro de Maeztu casi todas nuestras conversaciones y pasiones giraban alrededor del deporte de la canasta. Lo cierto es que a Fernando lo conocía y lo seguía, desde la otra orilla, antes de aquella madrugada mítica de 1984 en Los Ángeles.

De lo que estoy seguro es de que a Fernando lo vi en directo el sábado 28 de marzo de 1987 en el Magariños, en un partido que fue definitivo para mantenerme abrazado al baloncesto hasta hoy. Aquel día se jugaba el segundo encuentro del *playoff* de la temporada contra el Real Madrid. El derbi, como siempre, estaba cargado de emociones y rivalidad. Fue una tarde de anoraks, jerséis de lana, camisetas de algodón y cuello vuelto. Con Serrano 127 abarrotado de público: tres mil espectadores como cifra oficial y mil más en la calle. El partido se lo llevó el Estudiantes tras jugarse tres prórrogas a cara de perro. El cinco madridista



estaba formado por Juan Corbalán, Chechu Biriukov, Larry Spriggs, Brad Branson y Fernando Romay. El quinteto con el que el entrenador Paco Garrido saltó al envejecido parque del Magariños, con anuncios de Gin Rives en las galletas de la zona, suena a música celestial para muchos de los aficionados del Estudiantes, de entonces y de ahora: Vicente Gil, Carlos Montes, David Russell, John Pinone y Pedrolo Rodríguez.

En aquella cancha cargada de humo, bromas y sudores estaban El Gavioto y Los Pelijas [líderes de la Demencia], el presidente —y director del colegio Ramiro de Maeztu— Francisco Moneo, la señora Manoli, Geni el de la cantina, Satur el utilero y un largo etcétera de los que componían aquella familia singular de seguidores de la idea creada por el profesor de latín Antonio Magariños 40 años antes: una comunidad escolar alrededor de un deporte, una filosofía y un equipo. Un universo colectivo que se nutría de pequeñas gestas y heroicidades, como podía ser ganar al Real Madrid. Algo, obviamente, bastante infrecuente.

Fernando no estuvo muy afortunado ese día. Defendido por Pinone o por Rodríguez, el pívot madridista se vio en medio de un fuego de trincheras, algo a lo que por otra parte estaba habituado en esos tiempos de codo y estopa en el poste bajo. Terminó el partido con cuatro puntos y nueve rebotes, y expulsado por cinco personales. Con su gesto característico de levantar el brazo en línea recta hasta acariciar el cielo, reconoció a regañadientes la última personal y enfiló hacia el banquillo de Lolo Sáinz antes de que terminara el tiempo reglamentario con empate a 93. El combate cuerpo a cuerpo que se vivió dentro de la zona lo describió así el periódico *El País* al día siguiente: «Estudiantes rectificó muchos de sus ataques luchando valerosamente, en condiciones de presunta desigualdad, con los pívots madridistas. Rodríguez destinó su cara para la beneficencia pública, para que Branson o Romay o cualquier otro hicieran con ella lo que buenamente quisieran, pero se cuidó

muy mucho de no dejar un rebote suelto; si le cortaran el brazo, nacería otro para ir por un rebote».

La primera prórroga terminó con empate a 99; la segunda, a 103; la tercera la ganó el equipo colegial por 121 a 115. Llegué a casa en un estado febril, alucinado por lo que acababa de presenciar: los mates con giro de ciento ochenta grados de David Russell, los triples del *Rata Coll*, los hachazos de Pinone... Con la bandera del Estudiantes que había confeccionado mi madre y la camiseta *autoproducida* de la Demencia, me encontré en el salón de casa explicando a mi padre que llegaba fuera del horario establecido porque el Estudiantes había jugado tres prórrogas para ganar al Real Madrid en el Magariños, que había sido el partido más alucinante que había visto en mi vida y que el resto de mi existencia irremediabilmente andaría unida al baloncesto. Mi padre no se creyó ninguna de las tres afirmaciones, pero no se tomó con excesiva gravedad el retraso. Al día siguiente, al leer la crónica del partido en el periódico, se quedó de una pieza.

A mi padre, espectador de media distancia del despegue del baloncesto ochentero, había varios nombres que le venían recurrentemente a la cabeza y a los que siempre me remitía antes de ver un partido en su viejo televisor Philips con botones en forma de ruedecillas para sintonizar los dos únicos canales que había en la época: Epi, Sibilio, Nacho Solozábal, Fernando Martín, Juanito Corbalán, Iturriaga y Fernando Romay. Ellos, y un puñado más de jugadores, eran las referencias sociales de un deporte que despegó en Los Ángeles para deleite de una madrugada que tardó en reproducirse 24 años, hasta la final de los juegos olímpicos de 2008 en Pekín. Una auténtica revolución del lugar que ocupaba antes y después el deporte de la canasta. En ambas citas estuvo Fernando, en la primera como jugador, en la segunda como narrador de un encuentro que ponía fin a la distancia abismal entre el baloncesto estadounidense y el nuestro, entre el siglo XX y el siglo XXI.

Hace un tiempo, a través del departamento de prensa del club Estudiantes, Ediciones Turpial se puso en contacto conmigo: «Queremos hablar de un asunto. Nos gustaría que escribieras un libro de baloncesto con nosotros». La propuesta me pareció perfecta: «escribir» y «baloncesto» es una combinación que siempre me parece atractiva, pero antes de colgar el teléfono y acordar una cita para hablar del tema, desde el otro lado de la línea escuché lo siguiente: «Lo único es que es sobre un jugador..., un jugador del Real Madrid. Esperamos que no sea un problema...». Obviamente no lo era. Aquí está la prueba.

El futbolista Franz Beckenbauer dijo aquello de «hubo un año que jugué 15 meses», en referencia a la cantidad de partidos que disputó durante su carrera. Si uno repasa la biografía de Fernando Romay durante su etapa de jugador, tiene la sensación de que no paró un segundo: liga, copas de Europa, copas del Rey, Torneo de Navidad, convocatorias de la selección... Llegar en 1974 desde La Coruña a una ciudad como Madrid con 14 años no es un asunto menor. Quienes tenemos cierto trato con el baloncesto de formación sabemos que es una de las edades más complejas de un jugador. Son los años en los que las tentaciones (también en el buen sentido) fuera de la cancha son muchas y muy atractivas. Con más de dos metros de altura, en aquella España que vivía a ras de suelo y llena de miserias heredadas, la opción del deporte era una apuesta incierta.

Desde el momento en que Fernando puso un pie en la estación del Norte, en Madrid, hasta el día de hoy, los cambios en su vida, y en las nuestras, han sido bestiales. También en nuestro baloncesto. Del parque oscuro, la grada con colillas, los tableros y los aros desiguales, la cancha sin línea de tres puntos, los árbitros con pantalón de campana y el juego raquíptico de recursos físicos, hemos pasado a un baloncesto que se pasea por el mundo a golpe de *alley oops* y canastas que parecían imposibles no hace tanto. Anillos y medallas confirman el tiempo que vivimos.

Para llegar hasta este punto que habitamos con la selección y sus éxitos, hubo un trayecto largo y difícil. Y en ese camino uno de los protagonistas indiscutibles fue Fernando Romay. Después de conocerle en persona, sin filtros y con cañas, diría que es uno de los que más trabajó por mejorar y aprender. Conceptos que hablan muy bien de una persona, especialmente cuando el lugar en el que decide estar es el de receptor de aprendizajes y no el de la altanería del mérito fácil solo —en este caso— por cuestiones de altura. Pasó de aquellos inicios en los años setenta a ser referencia en el Real Madrid y la selección española. De bajarse de un tren con dudas, a ponerle un tapón al mismísimo Michael Jordan. De su Coruña natal, a ganar siete ligas, cinco copas del Rey, una Supercopa de España, dos copas de Europa, tres recopas de Europa, una Copa Korac, dos copas Intercontinentales, un Mundial de Clubes, cuatro supercopas europeas, una medalla de plata en el Eurobasket de Nantes 1983 y una medalla de plata en el Forum de Los Ángeles, con millones de españoles en estado de hipnosis durante una madrugada maravillosa del verano de 1984. Todo esto durante 20 años de carrera deportiva, la mayoría de ellos jugando en el Real Madrid de baloncesto. En ese impresionante recorrido, Fernando compartió mesa y mantel con gente como Pedro Ferrándiz, Wayne Brabender, Juan Corbalán, Mirza Delibasic, Antonio Díaz-Miguel, Fernando Martín, Drazen Petrovic o Arvidas Sabonis: solo unos pocos de una lista que impacta por nombres y apellidos.

Este no es un libro sobre Fernando Romay, es un libro *con* Fernando Romay. Se ha gestado en numerosos encuentros y conversaciones. La mayoría centrados en su experiencia deportiva, pero también con desvíos sobre la actualidad, los sentimientos, las voluntades y las alegrías. En una cancha de baloncesto y en la vida, Fernando proyecta buen talante, curiosidad y saber estar, virtudes siempre de agradecer. Mucho más cuando uno mismo se encontró con el baloncesto gracias, en parte, también a él. Los tiempos pasados

no son ni mejores ni peores. Son distintos. Aquel baloncesto en el que algunos crecimos tenía la virtud de que se construía a partir de unas rivalidades muy bien llevadas. En el caso de nuestra grada, había mucho de chufra adolescente, sentimiento lógico al tratarse de un equipo de patio de colegio. Pero si algo admirábamos de jugadores como Romay, Iturriaga, Corbalán, Martín y compañía, es que nos ponían la sorna a muy alto precio, porque lo normal y lógico era que nos ganaran. Como pasó en aquellos *playoffs* que jugamos en el año 1987, cuando en el siguiente partido, tres días después, el Real Madrid nos mandó a la lona.

Este libro trata de reflejar esos tiempos, compartir esos momentos y servir como herramienta para aquellos que creen que en la vida merece la pena esforzarse para ir superando metas. Fernando lo hizo, y su historia merece ser contada para que no caiga en el olvido el trayecto de una generación que hizo lo imposible para sacar a nuestro baloncesto de las catacumbas y llevarlo al lugar que ocupa actualmente. También es un recorrido por una España que creció hasta más allá de lo imaginable. Cuando hoy hablamos de Pau Gasol, José Manuel Calderón, Ricky Rubio, Juan Carlos Navarro, Rudy Fernández, Rafa Nadal, Fernando Alonso, la selección de fútbol, Mireia Belmonte, Marc Márquez y compañía, se nos olvida que hace no tanto el deporte en España era un desierto con algunas excepciones curiosas. La primera actuación coral destacada de una selección (salvo alguna excepción) fue precisamente la de aquella en la que jugó Fernando Romay y a la que entrenó Antonio Díaz-Miguel. Y si alguien puso al baloncesto en el tablero continental, superando a los temibles soviéticos del CSKA o a los farragosos equipos italianos, yugoslavos o griegos, fue el Real Madrid de Fernando Romay, Fernando Martín, Juan Corbalán, Juanma Iturriaga y compañía.

José Manuel Calderón, base de los Dallas Mavericks de la NBA y Mr. Catering en la selección de baloncesto triunfal que vivimos, comentaba no hace mucho en un reportaje:

«Sabemos que además de luchar por las medallas tenemos que dar ejemplo a los más jóvenes que vienen por detrás». Un *encargo* que no se termina una vez que el jugador cuelga las botas, sino que precisa de una continuidad obligada para que este deporte que tanto amamos siga atrapando a más admiradores, aficionados y futuros jugadores en nuestra sociedad. Chicos y chicas que crean que el baloncesto es un buen lugar donde convivir y que, además, servirá para hacer mejores personas, mejores jugadores y también mejores profesionales. Porque, como seres sociales, saber jugar en equipo es un aprendizaje necesario para construir sociedades más dinámicas. Fernando es un ejemplo de que fuera de la cancha también se sigue jugando a ese ritmo.

Hace unos días, mientras almorzaba en un restaurante con Fernando para hablar del libro, un chaval se acercó hasta nuestra mesa. Quería un autógrafo porque su padre le había señalado que ese tipo alto había sido un jugador importante no hace tanto. El chico vino con algo de timidez y Fernando le regaló alegría, buen rollo y fotos. Hubo conversación con la familia y el padre aseguró que al chico «le encanta el baloncesto». Tras varias palabras de ánimo y reconocimientos mutuos, se marcharon alegres porque las distancias no fueran insuperables, como ocurre otras veces con personas que han sido reconocidas por sus méritos. Esta forma de estar también es baloncesto, supera colores y genera aficiones. Algo necesario para alimentar eso que nos gusta tanto y que se llama deporte. Porque para encadenar madrugones lo que es imprescindible es que los protagonistas transmitan buenas sensaciones. Y Fernando en la distancia corta lo hace.

No se trata de ofrecer un repertorio de estadísticas: número de puntos, rebotes o tapones. Ni siquiera de inspeccionar con lupa determinados partidos que pasaron por una u otra cuestión a la historia. Tampoco de analizar con quién bailó Fernando o dejó de bailar. De lo que trata este libro es de un tiempo que vivió uno de los jugadores más signifi-



cativos de una época en la que el baloncesto era un deporte de mucha brega y dedicación. La misma que había que aplicar fuera de la cancha para mantenerse a flote en unos tiempos complejos, en los que los acontecimientos fueron evolucionando hasta el punto en el que hoy nos encontramos. Para lo bueno y para lo menos bueno. Eso sí, lo que se refiere a la Selección Española de Baloncesto está tratado con la voluntad de ponerlo en conexión con los tiempos que ahora vivimos, afortunadamente mucho mejores dentro de la cancha que las perspectivas sociales que se viven fuera de ella.

Aquel 28 de marzo de 1987 en el Magariños tenía yo 13 años; Fernando tenía solo 14 cuando llegó a Madrid dejando a su familia en Galicia en 1974 para iniciar una aventura en solitario que todavía hoy continúa; Guillermo, el chaval que le pidió un autógrafo en un restaurante antes de un partido de la selección de Ricky, Rudy, Calderón, Marc y compañía en el Palacio de los Deportes de la Comunidad de Madrid, debía de rondar esa edad. Escribir este libro también es una forma de volver a mirar el baloncesto desde aquel lugar (diverso dependiendo de la situación de cada uno, pero con aspectos comunes) y desde una grada (en el sentido amplio) que se vestía muy diferente a la actual pero que afortunadamente cambió en muchas cosas para bien. La historia de Fernando Romay es parte de la historia de nuestro baloncesto, pero también es un buen observatorio desde el que conocer un tiempo no tan lejano, por encima de los colores y las circunstancias.